



1

Reseñas

2



Nº 1 / **Marcha Orgullo Gay** / Santiago de Chile, 2006.
Nº 2 / **Marcha Orgullo Gay** / Santiago de Chile, 2008.

Oficio de vivir

Eugenia Brito. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2009

Malú Urriola¹

Vivir y escribir poesía son oficios igualmente apasionantes, si no se los vive a ciegas. Sabemos más de vivir que de poesía, porque de vivir nadie se escapa. Incluso los que renuncian habrán vivido. El oficio de la poesía por el contrario, es la elección de mirar y pensar el oficio de estar vivos.

Tomar el camino de la poesía, se sabe, es como contraer nupcias con el ser más discriminado, despreciable, sospechoso por incomprensible, y hermosamente libertario que se halle bajo los pies o sobre el lomo de las estrellas. Y aunque muchos y muchas poetas han renunciado a seguir mirando el viaje con los ojos de la poesía, su poesía sigue latiendo.

La poesía es una de las más antiguas artes de la humanidad y como la vida nos so-



brevivirá, porque se haya enamorada de las estéticas del lenguaje y mientras exista el lenguaje, la poesía seguirá cantando y pensando el mundo cultural y político que ella habite, porque tal vez como afirma el crítico y escritor

uruguayo Eduardo Milán, “la poesía es una transformación en sí misma: Es una utopía del aquí”.

En el camino de esta utopía, que también se puede vivir como una felicidad del escribir, hace una trancada de años atrás, “juventud divino tesoro” –no es necesario que vuelvas– conocí a Eugenia Brito en persona. Antes de conocerla era una apasionada lectora de su poesía. *Vía Pública*, libro publicado por Brito en 1984 me pareció uno de los proyectos poéticos más interesantes y complejos publicados en esos “años del

asco” como llamó la poeta Stella Díaz Varín a los oscuros años de la dictadura militar en Chile.

Uno o dos, más tarde, me tocaba leer junto a Eugenia Brito en el desaparecido Taller Urbano (una iniciativa cultural creada en 1982, por el fallecido poeta y amigo Pedro Araucario, junto a los poetas Horacio Eloy, Eledín Parraguéz, entre otros. Creadores también de la olvidada revista literaria *Contramuros*).

En este contexto cultural, poético y político conocí a Eugenia Brito con quien debía leer mis paupérrimos primeros versos de juventud, que no le llegaban ni a los talones a *Vía Pública*. Cuando la vi no fue difícil advertir que estaba en presencia de “Casandra” de Christa Wolf, con una sabiduría tal respecto de la poesía chilena y latinoamericana, sobre género y poder, modernidad y postmodernidad, canon y narrativas insurgentes, como para condensar en siete versos el mejor poema que yo haya leído sobre Venus, que representaba ya entonces la idea del sujeto que no negocia, pues no ocupa el lugar del oprimido.

La obviedad taciturna y autocomplaciente de la representación o la gran queja

autoflagelante del yo, estaban lejos de ser el objeto de deseo de esta grandísima poeta, autora de una poesía insumisa, capaz de develar las trizaduras de su tiempo latinoamericano. No puedo negarlo, me enamoré perdidamente de su poesía y de su brillante cabeza teórica hasta el día de hoy.

Al leer *Oficio de vivir* de Eugenia Brito no pude dejar de hacer la conexión, con el diario *El oficio de vivir* de Cesare Pavese, publicado en 1952. Libro con el que dialoga 57 años más tarde, *Oficio de vivir* de Brito.

“La admiración por un gran pasaje de poesía no se dirige nunca a su pasmosa habilidad, sino a la novedad del descubrimiento que contiene. Incluso cuando sentimos un latido de alegría, al encontrar un adjetivo acoplado con felicidad a un sustantivo, que nunca se vieron juntos, no es el estupor por la elegancia de la cosa, por la prontitud del ingenio, por la habilidad técnica del poeta lo que nos impresiona, sino la maravilla ante la nueva realidad sacada a la luz”.²

Este fragmento de Pavese me devuelve a Brito y Julia Kristeva, pues Brito renuncia

a la representación en pos de la inscripción de su propia producción.

No es un azar entonces que Brito refrende a Pavese y su misógina manera de ver a la mujer, como otro elemento más de lo que se adolece. Por el contrario Brito elabora un hablante femenino, insumiso, como metáfora de Latinoamérica, poniendo también en discusión el tema de género de la poesía europea.

La premisa baudeleriana de un mundo estilísticamente cerrado y, en definitiva, simbólico, es lo que viene a poner en jaque este oficio de vivir, que nos recuerda que “todos sabemos nuestro precio en esta subasta”.

Si para Sor Juana Inés de la Cruz, Latinoamérica fue “el lugar de la Nueva España”, confiriéndole un “segundo lugar”, Brito renuncia al nombre de Latinoamérica y lo nombra profanamente América: “América obtuvo un nombre se dicen/ es tierra fugaz, es tierra de otro eje”.

De esta manera sujeto y objeto se hacen una sola para hacernos remirar nuestra condición de región de América. Y entre la lengua, el pasado de la lengua y el lenguaje, elabora una de las poéticas más luminosas, poblada

de bellas y certeras imágenes que intentan recuperar un lugar que no esté nombrado. Y al mismo tiempo nos rescata de la inutilidad de la palabra usada y desprovista de música. Brito se aleja del pensamiento desencantado y sin salida que auspicia el fin de la historia, “sembrando tras de sí, semillas planetarias”.

Con ironía, con imaginaria poética de la mejor factura de su oficio de escribir poesía, Brito le dice Adiós a Europa y a América del sur y Adiós al norte, cantando un blues.

Y puede hacerlo, porque la poesía de Brito es una de las más finas e inteligentes que se están produciendo en este momento no solo en Chile, sino en ésta Latinoamérica nuestra, que la poeta no ha dejado de repensar.

Notas

- 1 Malú Urriola es poeta y guionista chilena.
- 2 Pavese, Cesare. *El oficio de vivir*.